



NUM. 2.

MADRID, 30 DE ENERO DE 1857.

AÑO 1.

CALDERON.



se, oh lector, que ves de rostro largo, de noble y espaciosa frente, de nariz aguileña, de sutiles labios, y de penetrante mirada, entre severa y apacible, es el famosísimo poeta madrileño don Pedro

Calderon de la Barca.

Nació, según don Juan de Vera Tasis y Villarroel, en 1.º de enero de 1600; pero según don Antonio de Iza Zamácola, y don Gaspar Agustín de Lara, cuyas noticias sobre este punto son claras y terminantes, no nació hasta el 17 de dicho mes. Por manera que el error de Vera Tasis pudo ser producido por el deseo de que el principio de un siglo lo fuese también de la vida de tan eminente poeta, y por el deseo, mas fuerte aun, de aprovechar aquella supuesta coincidencia que tan favorable ocasión le ofrecía para trazar algunos clausulones al gusto de su tiempo al correr veloz su pluma para escribir en un abreviado suspiro un prolongado sollozo.»

De poco menos de nueve años principió el estudio de la gramática latina en el colegio de la Compañía, adelantándose á todos sus condiscípulos. Pasó después á Salamanca, donde en cinco años de estudios abarcó con su penetrante y clarísimo entendimiento la historia sagrada y profana, con sus auxiliares la geografía y la cronología, el derecho civil y canónico, las matemáticas y las mas abstrusas doctrinas de la filosofía escolástica. Vuelto á los 19 años de su edad y de su siglo á su patria, Madrid, halló en ella la mas grata acogida. Su esclarecido ingenio, que ya por aquel tiempo se habia dado á conocer



D. PEDRO CALDERON DE LA BARCA.

públicamente en nuestros teatros, y la hidalguía de su cuna y de su carácter, le granjearon amigos entre la mas alta nobleza.

Ambicioso de todo género de gloria, ó impelido quizá

por alguno de esos secretos resortes que con tanta frecuencia obran en nuestra juventud impulsándonos á tomar una senda que nunca nos pasó por el pensamiento recorrer, pasó el año de 25 á servir á su rey en los Estados de Milán y Flandes. Llamado á Madrid por S. M. para que se dedicase á la composición y dirección de las piezas dramáticas que habían de servir para solemnizar las fiestas reales, desempeñó este encargo tan á gusto del monarca, que el año de 36 le hizo merced del hábito de Santiago.

Así recorría, siempre lisonjeado por la fortuna, el camino de su vida nuestro esclarecido poeta que, rey de los ingenios de su tiempo, puede decirse con verdad que compartió con Felipe IV el dominio de la monarquía española. Fue objeto de las mayores finezas de este rey, que aficionado á la poesía y autor de varias comedias, halló sin duda en don Pedro Calderon un corrector eminente y discreto y con demasiado caudal de gloria propia para tener necesidad de cercenar la de otro.

A los 51 años de su edad se decidió á ser sacerdote, como así lo verificó, sin dejar por esto de cultivar la poesía, que tanto le debía y de la que él habia recibido tantos y tan singulares favores. El año de 81, á 25 de mayo dejó de existir don Pedro Calderon, y fue sepultado en la iglesia de San Salvador de esta corte. Madrid, honrando la memoria de tan querido hijo, trasladó en abril de 1844 con solemne pompa sus restos mortales á la capilla del cementerio de San Nicolás. Pero ¿qué son sus restos? polvo. El misterio de las maravillosas creaciones del genio no le hallaremos en su tumba, sino en sus escritos. No debe consultarse con la materia, sino con el espíritu. El de Calderon no ha muerto; con nosotros vive; en nuestra mano está el evocarlo. Su pensamiento son sus obras. Estas van á fijar nuestra atención por un breve espacio de tiempo.

Muy encontrados están los críticos al tratar del mérito de las obras dramáticas de don Pedro Calderon. Esto, no obstante, el mayor y mas respetable número de votos es favorable á nuestro esclarecido poeta, aclamándole con ardiente entusiasmo por uno de los

mayores ingenios que han producido los siglos para el difícil arte dramático. Este dictamen es, á nuestro humilde parecer, justísimo, porque para juzgar á Calderón, no debe prescindirse de las circunstancias en que escribió. En una corte caballeresca y voluptuosa, en una época de mal gusto, rodeado por todas partes de agudos conceptistas, debió forzosamente embotarse en nuestro insignificante poeta aquel sentimiento de la verdadera belleza que tanto resplandece en los escritos de Garcilaso y Fr. Luis de León. Pero ¿fue poco enseñorearse de la escena sin conocer rivales que pudiesen disputarle el título de príncipe de nuestros dramáticos? ¿fue poco crear ese mundo fantástico donde vemos á los santos, á los caballeros, á las damas, á los héroes y hasta á los mismos dioses del paganismo, moverse á voluntad del poeta, embellecidos todos, como lo están las figuras de un cosmorama al través de los cristales? El enredo de sus comedias prueba los inmensos recursos de su privilegiada imaginación. No puede el espectador adivinar á donde le conduce el poeta; los hilos de su trama dramática son tan sutiles, que admirando lo primoroso de la tela, no es posible averiguar el término de ella. El ingenio, la discreción y la donosura brotan á raudales, acompañados de la armonía de sus versos. Armado con el terrible puñal de la tragedia hace que se ericen los cabellos del atónito espectador, y que crujan sus huesos cual si se hallase tendido en el lecho del tormento; habla el lenguaje de la generosidad y del entusiasmo, y no hay pecho que no lata tomando parte en la suerte del desgraciado, y ayudando en su ilusión con sus deseos á su libertador; hace sonar el cascabel de la locura, y véase las convulsiones de la risa en todos los semblantes que poco antes contraía el terror ó dilataba el entusiasmo. ¿Era un dios ó era un hombre el que tan fuertes y tan opuestos efectos producía á su voluntad en la escena? Honrado por su rey, agasajado por la grandeza, aclamado por todo un pueblo que llevaba su admiración hasta los términos de la idolatría ¿pudo pensar don Pedro Calderón en tomar otra senda, dejando aquella que á tan elevado puesto le había conducido? No está en manos de ningún escritor librarse enteramente del influjo de su siglo; y esto, que generalmente hablando es cierto, eslo mucho más tratándose de un autor dramático, cuyas obras han de ser juzgadas inmediatamente por la multitud. ¿Debió Calderón escribir sus dramas para que se representasen dentro de cien años? Pues si no debió escribirlos, claro está que escribió como debió escribir en el siglo en que escribió. Estas razones pudo haberlas tenido presentes don Nicolás Fernández de Moratín antes de haber criticado con tanta dureza á don Pedro Calderón, diciendo, después de afirmar, que en vez de retratar á la naturaleza la desfigura: «El principio de su comedia *La vida es sueño* lo acredita. Yo quisiera saber si una mujer que cae despenada por un monte con un caballo, en vez de quejarse donde le duele y pedir favor, le dice todas aquellas impropiedades pedanterías, que las entiende el auditorio como el caballo. Si algún apasionado suyo cayese por las orejas, llámelo *hipógrifo violento*, y verá como se alivia.» Mordacidad y gracia, aunque ruda, hay en este lugar de Moratín, pero no justicia ni desapasionada crítica. El mérito de don Pedro Calderón no se ha de pesar por este ó aquel lugar de sus obras, sino por el todo de ellas. La comedia de que se trata, es precisamente una de aquellas que menos pueden sujetarse á las reglas de una crítica ordinaria. Producto de una imaginación que se ha lanzado fuera de este mundo visible, apenas puede leerse sin participar de la misma duda que asalta á su protagonista: ¿estoy soñando ó despierto? Por lo que hace á don Nicolás Fernández de Moratín no hay duda que muy despierto estaba cuando esta crítica hizo; pero el que sabe que está despierto debe mirar y criticar con indulgencia al que discurre colocado en esa línea imperceptible que señala el límite que separa el mundo de las realidades del mundo de las ilusiones.

No es esto decir que don Pedro Calderón pueda considerarse como un autor perfecto, al cual deban recurrir los que sintiendo en su corazón la divina llama del entusiasmo dramático quieran adoptar un modelo para ensayar en sus primeras tentativas. Defectos parciales tienen sus obras, y estos no las deslucen. El mal está en un defecto trascendental, que debe evitarse cuidadosamente, porque perjudica, no á la parte, sino al todo, desluciendo los mayores aciertos del poeta.

Este defecto es, en nuestra humilde opinión, la falta de verdad que se nota en la espresión de los sentimientos más profundos del corazón humano. ¡Que inmenso partido habría podido sacar nuestro gran poeta si, aprovechando las innumerables situaciones altamente dramáticas que brotaban de su fecunda imaginación, hubiese sintetizado los grandes sentimientos pintándolos con el lenguaje sencillo aunque vehemente y profundo de la verdad! Pero aquellas situaciones se desaprovechan casi siempre; y pudiera decirse á don Pedro Calderón lo que aquel capitán cartaginés dijo á su general: «sabeis vencer, Aníbal, pero no sabeis aprovecharos de la victoria.» A no ser por aquel defecto, las obras de nuestro poeta no serían de esta nación ó de aquella, sino de todas las naciones; no serían de aquel siglo ó del otro, sino de todos los siglos; por que siempre y en todas partes late el corazón humano, cuando la poderosa mano

del genio hace vibrar las ocultas cuerdas que consonan con sus naturales sentimientos.

Mas, ¿qué hace don Pedro Calderón para espresar los pesares del alma cuando en ella rebosa el dolor y la amargura? ¿qué hace? Sustituir en lugar de las palabras que debían manifestar aquellos sentimientos, unas cuantas interjecciones que ninguna fuerza dan al razonamiento, que despojado de ellas no conserva vestigio alguno que nos revele la pasión de que está agitado el que habla. Vaya un ejemplo tomado de *El galán fantasma*:

Astolfo acaba de caer en un jardín, herido de una estocada; su amante, que ha presenciado la riña y que por muerto le juzga, responde al padre del herido, que entra al ruido preguntando qué es aquello, de esta manera:

Tu hijo Astolfo (¡muerta estoy!)
Es (¡que pena tan tirana!)
El que (¡rigurosa estrella!)
Sobre (¡el aliento me falta!)
Estas flores (¡que rigor!)
Caducas ya (¡que desgracia!)
Hizo (¡terrible desdicha!)
Que con su púrpura y nácar
Se convirtan en rubíes
Las que fueron esmeraldas.

Ahora, quitense de este período las exclamaciones postizas que hacen las veces del sentimiento que no hay, y aparecerá, como es en realidad, lo más frío é inoportuno que imaginarse puede.

Este defecto capital de las obras de don Pedro Calderón, tiene también su disculpa en el mal gusto de su tiempo; no porque en las épocas de decadencia y de mal gusto varíe el lenguaje de las pasiones profundas, sino porque el poeta que pinta aquellas pasiones no puede menos de desfigurarlas; en una palabra, el mal influjo que aquellas épocas ejercen en las obras de imitación, no consiste en que la naturaleza se aparte de la verdad, sino en que las obras de imitación se apartan de la naturaleza. No se infiere de lo dicho que don Pedro Calderón no interpretase á veces con la mayor verdad y belleza los más hondos sentimientos del corazón humano. En efecto, gran poeta fue el que hizo decir á un marido zeloso:

¡Que á otro mi honor se sujete;
Y sea (¡injusta ley traidora!)
La afrenta de quien la llora
Y no de quien la comete!

Gran poeta fue, repito, el que de un modo tan profundo dejaba ver el corazón de un hombre lacerado con los agravios de una esposa, y abrumado con el enorme peso del deshonor que no merecía.

Otro de los defectos que le imputan á don Pedro Calderón es que se repite con frecuencia, y que también con ella se vale de ciertos resortes dramáticos para el enredo de sus comedias. Sobre este punto solo diremos que quien haya escrito como él ciento y veinte, sin incurrir en aquel defecto, tendrá derecho para afirmar que puede evitarse.

Tachándole también algunos de culto y ampuloso. Es verdad que algunas veces es oscuro, pero muchas lo es mas por efecto de su superior ingenio que por afectación. No es como Góngora, que es oscuro porque destruye el lenguaje y trastorna las ideas. La oscuridad de don Pedro Calderón, es debida á lo elevado de sus conceptos; y sus diálogos, que no siempre se entienden con facilidad, son muchísimas veces perfectísimos modelos de cortesía y discreción. Poco diremos acerca de sus voluntariosos errores cronológicos y geográficos; pues con decir que son voluntarios y que cualquiera puede corregirlos y enmendarlos, está dicho todo.

Concluamos; don Pedro Calderón de la Barca es uno de aquellos escritores por cuyo poderoso influjo vivirá la lengua española, aun cuando (¡nunca suceda!) deje de existir España. Porque si las naciones pueden desaparecer, no así las obras del genio, cuya duración se mide desde el descubrimiento de la imprenta, por la duración de la especie humana.

ZACARÍAS ACOSTA Y LOZANO.

COSTUMBRES VASCAS.

No proponemos pintar en una serie de artículos las costumbres vascas. El que espere hallar en ellos solo retratos cómicos, conténtese con leer su epígrafe. No somos amigos de buscar el lado ridículo de los hechos de los hombres.

Describiremos las costumbres como son en sí ó como acertemos á verlas; que si no es fácil determinar el carácter de un individuo, lo es aun menos decidir el de toda una clase ó todo un pueblo. La imaginación los bosqueja pronto; no tan pronto la atenta observación de un orden dado de fenómenos.

El pueblo vasco es digno bajo todos conceptos de un detenido estudio. Regido por instituciones distintas de las demás de España, con una historia hasta cierto punto especial, con una lengua que no tiene afinidad con otra alguna de Europa, rica en giros y modos para espresar aun los más fugitivos accidentes de la idea, presenta una

fisonomía completamente suya y á la vez tanto á delicadas pinturas para el poeta, como á interesantes observaciones para el publicista y el filósofo.

Estudiaremos primero de las provincias lo particular, lo variable, mas tarde lo general, las leyes de su vida.

No se sorprenda el lector si empezamos por artículos humildes. Hoy por hoy vamos á ceñirnos á hablar de

EL CASERO GUIPUZCOANO.

La provincia de Guipúzcoa es una de las más montañosas de España. Sus caminos se pierden casi todos entre las quebradas y las gargantas de sus cordilleras. Los pueblos, á escepcion de los que animan las costas del Océano, están situados ya en la loma ó las vertientes de sus cerros, ya en valles estrechos cercados por todas partes de montes cubiertos de verdor. Tienen generalmente sus villas poca ó ninguna calle, mucho caserío esparcido ó en las faldas de sus montañas, ó en profundas barrancadas, ó en las mismas cumbres. Villas hay, y no pocas, que cuentan reunidas diez ó doce casas y en su término doscientos ó trescientos caseríos. Están así todas sus pintorescas alturas tan pobladas, que cuando crece el viajero hallarse más sumergido en la soledad y en el silencio, no es raro que oiga tras sí la alegre algarazara de niños que están jugando á la sombra de los castaños ó voces que le revelen la existencia de toda una familia. Vuelve la cabeza, y tarda tal vez en distinguir asomando en la cresta de un verde altozano un caserío á que dan sombra algunos árboles.

Estas moradas campestres y sus habitantes, llamados aquí *caseros* y por apodo *taños* presentan una fisonomía particular digna de ser descrita. Permitásenos que nos consagremos hoy á esta tarea.

Hállanse generalmente los caseríos al pié de una vereda que blanquea entre márgenes cubiertas de grama cuando no de argomas y de helechos. Suelen ser más anchos que profundos: están contruidos de piedras desiguales á medio labrar, cuyos intersticios llena la argamasa. Rebocados ó no, presentan siempre un aspecto mucho más alegre y menos pobre que las casas de campo de Aragón y Castilla, de paredes de cascajo y tapia. Tienen muchos en la entrada un soportal con dos ó tres arcos donde no es raro ver ya unida ya desunida una carreta baja, estrecha y larga con pequeñas ruedas cegadas y algún tanto convexas, no poco parecidas á los escudos antiguos. Sobre esta galería carga algunas veces, aunque pocas, otra: comunmente un piso superior con ventanas ó balcones, cuyos antepechos de madera están rústicamente trabajados. Soportales hay sostenidos simplemente por estacas; pisos superiores abiertos en uno de sus frentes y defendidos del aire solo por viejas y carcomidas tablas. La hiedra y la enredadera trepan en muchos á lo alto de la fachada, sobre la que se extienden aleros, por punto general muy anchos. No es raro ver las tejas sin argamasa sujetas solo por franjas de piedras; lo es ya que conduzcan á la entrada caminos abiertos bajo techos cubiertos de follaje y flores. En torno de cada caserío está su huerta, cercada á menudo de árboles frutales; á no mucha distancia su castañar y sus maizales, pequeños cuadros abiertos en las faldas de los cerros; allá al volver de una enverrucada, ó en un repecho del monte, ó en el fondo de una torrentera, su fuente de aguas cristalinas, sobre cuyo pequeño mar, que sirve de aljibe, se dibujan los móviles ramajes de las hayas y de los robles.

¿Atravesaremos el umbral y describiremos la disposición interior de tan humildes casas? En lo interior de los caseríos de Guipúzcoa lo verdaderamente notable son sus huéspedes. Forman generalmente todos parte de la familia; los labradores á jornal son aquí escasos. Ocurre con frecuencia que las labores del campo exijan mas brazos que los del marido, la mujer, los padres y los hijos; mas en casos tales se ayudan reciprocamente los habitantes de los caseríos próximos. Tiene en vasconco esta clase de trabajo en comun el nombre de *auzolan* que equivale á obra de vecinos, y constituye una costumbre que, sobre conservar cierto sabor de patriarcalismo, cierra el paso á odios enconados y profundos.

Es generalmente el casero guipuzcoano alto de cuerpo, de rostro enjuto, nariz larga y afilada, los ojos vivos, el mentón ancho, las facciones todas muy pronunciadas, el color moreno, el porte ágil y digno. La casera, de estatura más bien alta que baja, semblante agraciado, colores enrojecidos sobre un fondo un si es no es oscuro, al revés de lo que sucede en las mujeres valencianas. Es de mas carnes que el hombre, pero nunca obesa; de nariz menos afilada, de pié grande, de hermosa cabellera.

Corto y respetuoso el casero cuando niño, saluda al forastero con la mano en la boina, la mirada baja, el labio trémulo. Mancebo ya, le mira con cierta indiferencia; hombre, le revela al paso cortedad y orgullo; viejo, le abre calle y le habla con afabilidad como deseoso de servirle y oírle. Ni viejo ni joven, le niega jamás un asiento en su hogar, ni le responde con desprecio, ni le engaña si le pregunta este, perdido en sus enmarañados montes, cuál es su camino. Viejo, se adelanta á los mismos deseos del viajero. Conoce que va desviado y se lo advierte, y le enseña la vereda que le debe conducir al término del viaje.

Es entre los de su clase franco, jovial, alegre; para con la autoridad, obediente y dócil; para con el sacerdote, humilde y hasta sumiso. La orden del alcalde es

para él la del rey; y la voz del cura la de Dios. Se le manda que vaya a desbrozar una senda que él no ha de hollar, y la desbroza; que vaya a limpiar una fuente en que no ha de beber, y va y la limpia. Odió empero todo aparato de fuerza.

Aun en las grandes reuniones, si ha de haber un celador de la provincia, le quiere con una sola varilla en la mano y sin mas armas. Ve soldados que tratan de imponerle un orden que él desea: basta para que ame el tumulto y le provoque.

Para con su cura es tan sumiso, que le divide a lo lejos y deja su azadon y se descubre; le halla en su camino, y se detiene y le abre paso; da con él mientras está entregado a sus placeres, y los suspende y da tregua a su algazara. Raya verdaderamente en temor su respeto al cura; mas prevalece aun sobre la voz de este temor la de sus intereses. Andará una y dos leguas con el pie oculto en la nieve para asistir al templo, no dejará de acompañar en procesion a la Virgen si aciertan a sacarla cuando él está en la iglesia, dejará en la arquilla su óbolo y en la casa parroquial su presente; mas escatimará, como pueda, el diezmo, que aun paga; y si tiene por censalista la Iglesia, redimirá el censo, aunque irredimible, apenas una ley se lo permita.

Es interesado el casero, ¿y cómo no ha de serlo? Cultiva una tierra ingrata bajo un cielo, si hermoso en el verano, preñado en el invierno de aguas, vientos y nieves. Como no vengan cosechas abundantes, tiene apenas conque satisfacer parcamente sus necesidades. En dos ó tres años algo estériles consume sus ahorros y se atrasa. ¿Busca dinero? ha de caer, quiera ó no, en manos de la usura. Es además, con frecuencia, no propietario sino colono: que el cielo sea para con sus campos cruel, que benigno, ha de satisfacer su renta. ¿Es el año bueno? su sobrante vale poco. ¿Es malo? ¿qué le ha de quedar después de cubiertas sus muchas atenciones?

El casero tiene por todo capital el producto de sus campos y sus montes: paga en especie y por años al cura, al cirujano, al farmacéutico, al maestro de escuela, parte de sus mismas cargas concedidas, parte del precio del arriendo. No suele andar escaso como no se pierdan muchas cosechas; pero tampoco sobrado.

Como así, no opipara, mas tampoco pobremente; viste, no ricas galas, mas tampoco harapos. Su principal alimento son el maíz, las castañas y la leche. Las castañas ordinariamente las cuece; el maíz le amasa como el trigo y le cuece, ya en hogazas, ya en delgadas tortas que pone a la llama del hogar sobre una pala de hierro ancha y redonda. La leche la mezcla con el mismo maíz logrando por este medio hacer uno y otro mas sabrosos. Pan raras veces le cata, vino solamente las fiestas de guardar en que baja a la calle ó a la venta. No prueba la carne fresca sino en las grandes solemnidades; si, la salada, que come con las verduras y legumbres de su huerta.

Es verdaderamente este sistema alimenticio muy distinto del que usan los labriegos en las demás provincias de España; pero no lo es menos el cuadro de sus productos agrícolas. Guipuzcoa no da vino; y el que le viene de Navarra, sobre no ser de mucho cuerpo, sale comunmente caro. El pan sin vino se hace de difícil digestión, ni le da al labrador bastante fuerza. El maíz, que abunda allí y es de mayor nutrición, ha sido naturalmente preferido. No abundan menos en Guipuzcoa los castaños. Las dos terceras partes de las vertientes de sus cerros están cubiertos de estos lozanos y copudos árboles, cuyas ramas verde-claras esparcen sus alegres sombras sobre los helechos.

Viste el casero en invierno, cuando ya de alguna edad, chaqueta, chaleco y pantalon de paño burdo, polainas de fondo azul, con listás blancas, alpargatas de cáñamo, sombrero de copa baja y alas anchas. Joven aun, lleva boina blanca, encarnada ó azul, cuya borla deja caer graciosamente sobre el hombro, no usa polainas ni paños tan bastos. La capa es su traje de ceremonia y gala.

No viste menos modestamente la casera, cuyo lujo estríbe casi todo en su toquilla con guarnicion de encaje, por entre la cual le bajan tal vez hasta la rodilla sus largas y pobladas trenzas. Un corpiño generalmente negro, unas sayas casi siempre oscuras, alpargatas algo mas ligeras y graciosas que las de los hombres, completan su sencillo traje. ¿Va de visita ó de fiesta? un manton de colores bajos, que no revelan el mejor buen gusto, una capucha negra sobre la toca y hasta la mitad de la frente, acaso un collar de no muy alto precio constituyen toda su pompa y atavío.

Calzan á menudo hombres y mujeres, en vez de las alpargatas, ligeras abarcas de cuero que llevan tambien sujetas á la garganta del pie con cintas azuladas.

¿Habrá ahorí por qué describir el traje de verano de unos y de otras? La diferencia mayor está en la materia, no en la forma. Luce la casera en verano, en lugar del manton, sus pañuelos blancos bordados; el casero joven, una chaqueta de malla gruesa y ancha que suele llevar plegada con cierta gracia alrededor del cuello y encima de los hombros.

Está durante la semana entregado el casero á un trabajo penoso y rudo; mas, llegada la fiesta, se lanza no con menos ardor, al juego y á la zambra. Joven aun, ma-druga, oye misa á la primera luz del alba, corre y se divierte, pasa horas jugando á la barra ó á la pelota, baila al caer de la tarde en la plaza de su aldea ó á la sombra de

unos árboles. El tambor y la flauta, una simple pandereta á veces son toda la música. ¿Es ya el casero padre? Asiste á la misa mayor, cierra sus tratos á las puertas de la iglesia, juega al mus en la posada ó en su propia casa, siempre al calor del vino y en invierno al de la lumbre.

¿Hay algun partido de pelota en algun pueblo inmediato? El casero no falta. ¿Hay alguna romería á una de las ermitas celebradas en la provincia? Se le ve de seguro bailando al pié de la ermita, se le oye entonando á coro canciones cuyo aire caracteriza mucho aquellas hermosas comarcas. Come y platica alegremente; y puesto ya el sol sobre las inflamadas cumbres de Occidente, trisca al par de la oveja por la vereda que mas directamente conduce á su caserio, danlo de vez en cuando al aire alaridos parecidos á los de los gallegos, aunque mas agudos, prolongados y alegres.

Aun hoy á pesar de los malos años que han venido uno tras otro, se observa cierta alegría en los caseros, cuyas hijas y esposas suelen bajar con no menos regocijo á la calle la mañana del domingo, llevadas del deseo de vender algunos de los productos de sus campos. Y parece, sin embargo, bien triste y espuesta á inconvenientes su vida. Habitan no pocas veces á dos ó tres leguas del pueblo; y hay para llegar á él cuevas rápidas y veredas estrechísimas que desaparecen debajo de las nieves, se ponen con la humedad resbaladizas y para el hombre de la ciudad completamente impracticables: que si están en Guipuzcoa excelentes los caminos reales y provinciales, son malísimos y por demás infames los de carreta y herradura. Caen uno de la familia gravemente enfermo, y es en invierno, y de noche, y noche oscura: ha de encender otro su fajo ó haz de paja ó ir en busca de un cirujano ó de su médico. El cirujano está quizás en un pueblo, la botica en otro: llega tarde el socorro al enfermo y pasa en tanto la familia entera horas mortales de angustia. Son durante el invierno las nieves frecuentes y abundantísimas en los altos montes. ¿Cuántas no han de ser sus privaciones!

Por entonces principalmente cuenta el abuelo á sus nietos, que tiene sentados junto á sí alrededor de la lumbre, las sangrientas luchas de esa guerra fratricida de siete años. Por entonces tambien lee tal vez el nieto á sus embebecidos ascendientes la vida de los mártires ó las hazañas de Carlomagno y los Doce pares de Francia, ó los hechos militares del héroe de aquella misma guerra de Sucesion, Zumalacárregui, que es para el casero el moderno dios de las batallas. ¿Qué entusiasmo aun en la boca de esos hombres cuando refieren sus hechos de hace veinte años! ¿Es forastero el que los oye? Le designan el lugar de la accion, el camino que siguieron uno y otro ejército, el punto en que murieron ó cayeron heridos sus caudillos. Recuerdos todos tristes para el que tiene corazon y deplora que la humanidad haya de seguir siempre en medio de contradicciones y de luchas la senda de sus destinos.

Mas no hemos pintado aun al casero en ninguno de esos dias solemnes que forman época para el hombre. Es el casero interesado hasta en sus amores. Busca tanto ó mas en su novia el buen dote que la hermosura; y se decide difícilmente á casarse si sabe que la que le ha cautivado el corazon no lleva siquiera un mediano arreo. Es, sin embargo, desprendido y rubioso el dia de la boda. Tiene ya desde por la mañana en su casa arreo y dote que le han sido llevados por uno de la familia de la novia en un carro, cuyas ruedas, preparadas al intento, han ido anunciando la fausta nueva por todo el tránsito con sus agudos chillidos. Sale al campo, y acompañado de sus mejores amigos, va al son de la gaita y el tamboril por su futura, que ataviada ya y dispuesta, se une á la comitiva con la suya, donde va tal vez alguna joven tocando la pandereta. Dirigense todos al compás de la música á la iglesia; y, celebrados los desposorios, danzan á las puertas del templo no sin soltar los hombres al final de cada baile los mentados alaridos. Regresan al hogar de los cónyuges, siempre al son de los mismos instrumentos, comen con otros muchos convidados, hablan, cantan, brindan y se procede á la entrega y cuenta formal del haber de la novia ante escribanos y testigos. Sobre grandes arcos de madera, atestados de ropa blanca, se ven sendos colchones: figuran alrededor los demás objetos muebles. En otra caja ó en el fondo de la misma arca viene el dote.

Ascende á veces el número de los convidados á cincuenta y á sesenta: la comida es, si no espléndida, abundante. Y dura á veces dias la fiesta de la boda: la mitad y aun mas de la mitad del dote no es sino muy frecuente que se consuma en estas danzas y banquetes. ¿Es que el hombre ama el contraste? ¿Es que se embriaga en medio del bullicio del festin y no acierta á dejarle? Lo positivo es que esos dias de regocijo y zambra son para el casero un verdadero oasis en el desierto de la vida.

Que se divierta y emboqueza el casero en una boda no es aun sino muy natural, ó por lo menos, tolerable. Mas se alegra hasta en las lúgubres escenas de la muerte. Fallece un individuo de un caserio vecino, y se apresura á vestir su traje de ceremonia para acompañar al difunto á la iglesia, orar por él y darle el último adiós al pié de la ya removida tierra ó de la levantada losa del sepulcro. Grave, compungido quizás, envuelto en su capa mientras su mujer en la capucha, puesto en corro al pié del ataúd, en tanto que la iglesia reza sobre él las palabras de sus salmos, contribuye á dar por cierto al espectáculo un carácter solemne é imponente. Mas deja el templo y el fune-

bre recinto de los muertos; y da y toma su pan y su copa de vino en la casa del que duerme ya bajo la tierra. Asiste á los ocho dias á las honras; concluidas, vuelve á la morada de la familia huérfana. ¿Para apurar otra copa? no, sino para tomar parte en un banquete mortuario, donde habla, y come, y bebe, y suelta la carcajada, y se divierte sin tener en cuenta el dolor de los parientes del difunto. No es ya este un banquete de boda, pero si de fiesta. Otro casero le da y no anda tampoco mezzuino.

Pero son á la verdad bien llevaderos los defectos del casero guipuzcoano. ¿Lástima que no esté mas instruido! La ignorancia le hace supersticioso: la instruccion le perfeccionará.

F. P. M.

EL CASTILLO DE VILASAR.

A tres leguas N. E. de Barcelona, detrás de una vistosa poblacion de la costa catalana, en el declive de suaves lomas y al borde de una rambla amenísima, sombreada de almendros y naranjos, álzase orgulloso y pintoresco el castillo de Vilasar.

Pertenece actualmente de la casa de Moya, y residencia feudal en los siglos medios de los señores del territorio y de las dos poblaciones vecinas, Vilasar de Dal y Vilasar de Mar, que en recuerdo de su vasallage presentan aun los torreones que á la vez las resguardaban y oprimian, esta soberbia morada es uno de los monumentos mas curiosos de su época en Cataluña, ya por lo bien conservado, ya por caracterizar especialmente las construcciones que se estilaban en esta parte del Mediodía de Europa.

Efectivamente, el que haya recorrido la provincia, habrá observado la analogía de sus monumentos arquitectónicos de cada época determinada, no solo en castillos, sino en templos, ermitas y edificios particulares. Los caracteres de las construcciones de que el castillo de Vilasar viene á ser el tipo, son grandes masas de paredones y torreones cuadrados, mucha desnudez en toda la estension de los muros, suma economía de detalles, hasta reducirse á lo mas preciso del estilo dominante (una sencilla columnata en las ventanas, una simple cornisa de arcos en resalto, etc.) y por defensa almenas con saeteras, ancha ladronera sobre la entrada, y elevada atalaya en el centro ó en uno de los ángulos del edificio. No se busque en este y en los de su clase el carácter belicoso de ciertas fortalezas de la montaña y de las fronteras, ni menos el sombrío de los presidios aragoneses y asturianos, ni el ligero y florido de las almenaras castellanas y arabescas; pues, sin duda, por la indole del país ó por la particular posicion y destino de estas residencias, no se consideraba ó no era necesario hacer de ellas unas verdaderas defensas, y aunque feudales sus dueños, mas familiares los señores catalanes con sus aparceros que en otras regiones, tal vez templaban su poder jurisdiccional con las blandas funciones de propietarios agrícolas.

Esta doble naturaleza de señorío feudal y de rústica jurisdicción que reunian los hidalgos de Cataluña, esplica hasta cierto punto el carácter de *bourgeoisie*, como dirian los franceses, que ofrecen ese y otros curiosos monumentos de la provincia, segun cabe juzgar por la muestra que presentamos; (y quizá esto mismo podria explicar la estrana apelacion de *torres* que aun se da á las quintas ó casas de recreo). En efecto, el castillo de que tratamos para la estrategia es de escasa utilidad, pues nada domina y nada defiende; de otra parte su perfecta conservacion prueba los pocos combates que habrá tenido que sufrir por el impetu de las armas, y si bien presenta un aire de fortaleza con su recinto exterior, sus defensas, foso y puente levadizo, del cual se ven indubitables vestigios, consiste en que la propia defensa era una necesidad general de todo propietario aislado en la edad media, una condicion precisa de existencia siquiera para guarecerse de los malhechores. A veces, sin embargo, cuando estos albergues servian de residencia á alguna familia poderosa, al paso que eran habitacion suya, eran tambien un refugio para sus colonos y terratenientes en caso de peligro, y un punto de apoyo para las aldeas que se agrupaban alrededor del solariego.

Imponente es á la verdad el aspecto de aquellos sombríos castellones que en los picachos del Jura ó en las márgenes del Rhin sorprenden á cada paso al peregrino y escitan la imaginacion del poeta trayendo á la memoria de uno y otro las renombradas y sangrientas proezas de que acaso fueron teatro; pero el ánimo se recrea y la fantasia vaga con mas libertad en presencia de esas construcciones de indole benigna como el castillo de Vilasar, que rodeado de lozanos olivares y pomposas vides, prueba cuánto mas beneficiosas son, y cuánto mas hermanan á los hombres unas costumbres patriarcales que permiten el desarrollo natural del ramo primero de riqueza pública consistente en la agricultura.

Ya al divisar á cierta distancia este castillo-alqueria, rodeado de sus cortijos y dependencias, aparécese cual pastor en sus ovejas, cual patrono tutelar entre sus sumisos protegidos. Su torre homenaje atisba la redondez del llano á manera de atalaya vigilante contra cualquier enemigo que pudiera asomar; ved los aldeanos como concurren regocijados á la comun defensa, y mientras

que unos cultivan los campos y empuñan seguros el rastillo y la podadera, los otros guardan la entrada del puente durante el día con su ballesta al hombro, rondan las avenidas, hacen la *guayta* por la noche, y en caso de peligro sublevan la comarca al *piel del seny*, ó sea el toque de sonaten. En épocas ordinarias, place ver á los señores presidiendo las atareadas faenas de sus campesinos, quienes repartidos por la era, por los corrales ó por el zaguan del gran casar, se dedican á las diferentes operaciones de la recolección, rastrillando, cohechando y encerrando el grano en las trojes, que ocupan la parte superior del edificio, ó bien proceden á la confección del vino, oprimiendo el mosto en los lagares y prensas, y trasegando despues el rubicundo liquido á las bodegas, que con los silos, cuevas, caballerizas, cocinas etc., corren por todo el piso bajo; y por fin completan el cuadro la castellana y sus doncellas que se dedican en las habitaciones principales á sus tareas y labores, ó bien deparando amablemente con los colonos, no se desdénan á las veces de tomar parte en ciertas ocupaciones que parecen

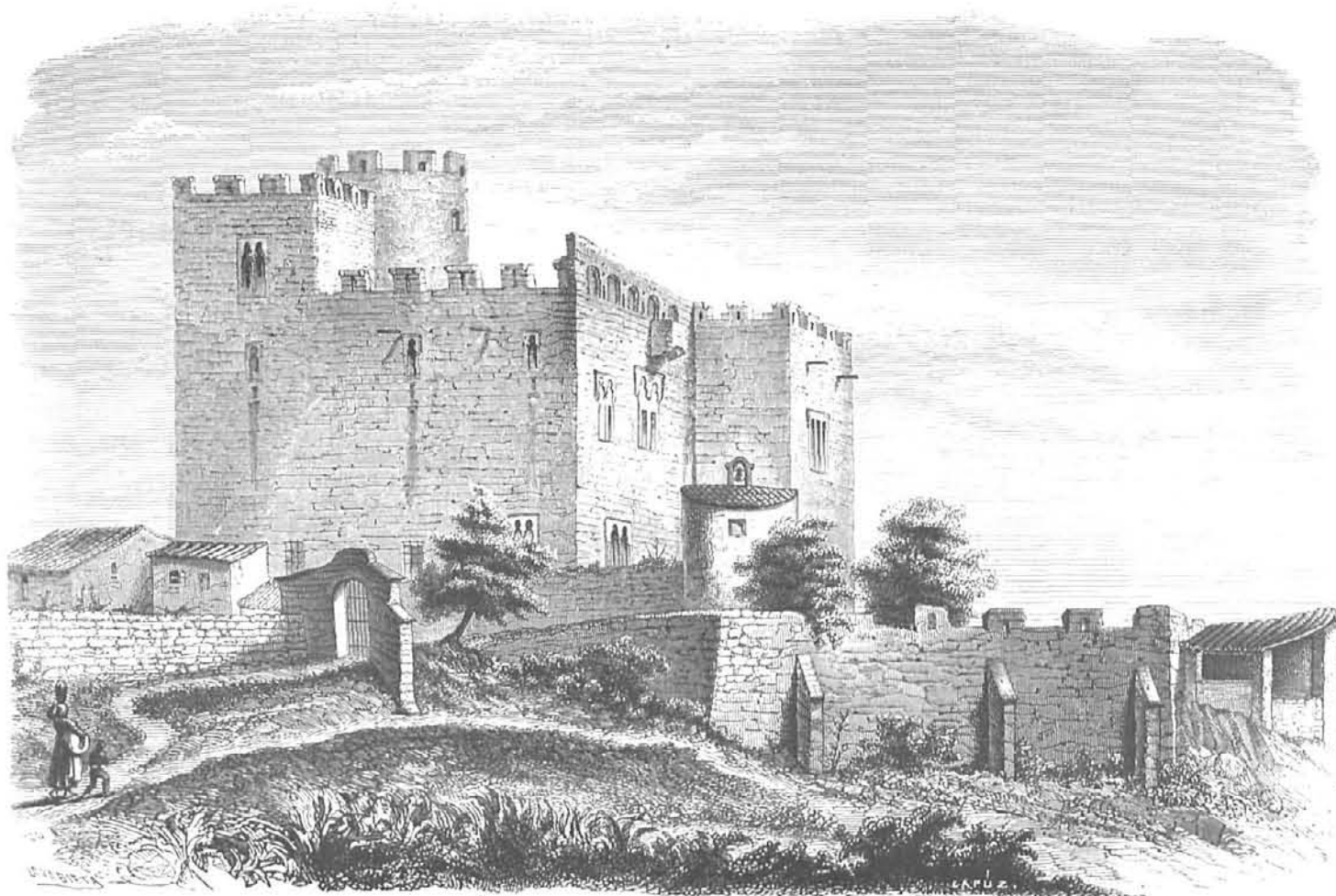
impropias de sus delicadas manos, ó acarician la cabrita que sale á pacer con otras reses, ó ensillan el potro, cuyos hijares oprimirá el caballero en la próxima carrera ó en la caza. Otras veces, desde lo alto de la maciza escalera descubierta que sube hasta las galerías, manos piadosas reparten limosnas al desvalido mendigo, ó admiten al fatigado viandante, y aunque no tan á menudo dan acogida al ambulante juglar que distraerá por algunas horas la uniformidad de aquel vivir sencillo relatando en dulces trovas las cuitas de Blancallor ó de Rosamunda, y las hazañas de los Berengüeres y los Arnaldos.

¿Qué se hicieron todas esas hermosas sombras de lo pasado? Ya la patriarcal familia de señores y vasallos, de labriegos y guerreros, no se reúne cada noche por los miradores á entonar en habla expresiva y común, tiernas preces á la Virgen, protectora siempre del catalán; ya no se oye en la alborada del domingo la alegre esquila que desde lo alto de la capilla llama á las garridas serranas que ora en cuadrillas, ora aisladas, precediendo ó si-

guiendo á sus familias, avanzan por diferentes senderos, hasta llegar al pie del altar, donde revestido de sus sagradas insignias les espera el sacerdote para atraer sobre ellas las bendiciones del cielo.

Desiertos y cerrados ahora los vastos salones donde algunos personajes retratados en sombrío lienzo parecen increpar con ojo airado al curioso de nuestros días, que sin fe en el alma, se atreve á bollar con planta indiférente aquellos suelos por donde tantas generaciones pasaron, el espíritu se oprime, y uno no puede menos de decir: esta vivienda existe, poco mas ó menos cual existía hace cuatro ó cinco siglos, y sin mucha costa podría aun habilitarse; pero ¿dónde están los hombres para quienes se hizo? ¿dónde el espíritu, las ideas, las necesidades y las costumbres que la levantaron? ¿quién comprende ya la poesía y el misterio de esos lugares en que reposa el espíritu de nuestros mayores, mas distantes aun que por el tiempo, por las ideas, de su posteridad!

J. P.



CASTILLO DE VILASAR.

UN DATO PARA LA HISTORIA DE LAS BELLAS ARTES ESPAÑOLAS.

TABLA DE LOS SANTOS INOCENTES.

Es idea corriente, aun entre escritores de valía, el datar la pintura española de la época del Renacimiento. En una obra de moderna fecha se empieza la historia de este arte en España, cantando alabanzas á Giotto italiano, eliminando de un rasgo todos los siglos medios como una época de barbarie, de ninguna utilidad para el verdadero arte, tan estéril en su esencia como en sus resultados. Pero sublimar á Giotto y negar la existencia y progresos de la verdadera pintura en la edad media, es reconocer al hijo y repudiar al padre, admitir una consecuencia y desechar los precedentes. Tan cierto es que hubo una época brillante de pintura en la edad media, como que sin ella no se hubiera formado Giotto, pues todos los progresos humanos reconocen su filiación; y un talento particular, por descollante que sea, no brota de sí perfecto y consumado, sino que marchando con su época, explota sus elementos, y lo que mas hace es trillar y señalar nuevas sendas para el porvenir.

Mas la pintura de la edad media ofrece un carácter propiamente suyo, y es que no solo brilla en Italia, cuna ordinaria de las artes, sino en Francia, en Alemania, en Inglaterra y aun en España á pesar del estado de desor-

ganización de nuestro país durante casi todo aquel período; y lo particular es que en todas esas naciones ofrece análogos caracteres, recursos, instintos y tendencias: solo la Italia por su especial posición se resiente mas directamente del influjo de la escuela é ideas neogriegas, iniciando en cierto modo el progreso. La nueva y homogénea constitución de las sociedades europeas en el siglo V, explica la especie de identidad de los elementos sobre que fueron desarrollándose en todos géneros; y por esto el arte, como todo lo demás, nacido de quiera de unas mismas tradiciones, alimentado por las mismas necesidades, animado de los mismos principios, mantenido por las propias relaciones, naturalmente debió producir idénticos efectos y resultados. Recórranse los museos y catedrales de Europa, sus gabinetes y archivos, y en todas partes la miniatura y el retablo, el fresco y la estatua se presentarán con los caracteres marcados y especiales de cada uno de los siglos que los produjeron, sin distinción de lugares, sin confundirse unos con otros, y sin diferenciarse en sus secciones mas que por el primor de la ejecución. Ademan de las figuras, espresion de las fisonomías, plegado de los ropajes, disposicion de los grupos, uso de los recursos artísticos como escorzos, contrastes, bocelado, sombras, perspectivas, etc., todo esto corre parejas en Oriente y en Occidente, en el Norte y en el Mediodía; no hay escuelas alemanas, holandesas ni españolas; toda la escuela pictórica de la Europa media es *bizantina* hasta el siglo XI ó XII, *gótica* hasta el siglo XV ó XVI.

Esta escuela, segun hemos dicho, existió en España, y existió á pesar de las circunstancias, poco fa-

vorables á las artes que rodearon á esta pobre nación, y existió á pesar de esas circunstancias (no vacilamos en decirlo) tanto y mas pujante que en otros países; y aun, bien analizada, no seria difícil encontrar en ella el germen de la soltura y gracejo con que se caracterizó mas adelante bajo los Juanes, Zurbaranes y Riberas. No es esto un mero dicho, sino una verdad demostrada por infinitos monumentos, no solo en grandes museos y en principales catedrales, sino en todos los rincones de España, en las aldeas mas ínfimas y en los eremitorios mas humildes. Tan numerosa es la coleccion, que no creemos hayan dejado de advertirla los que se atreven á negar la existencia del arte antes del renacimiento, de manera que su negativa solo procederá de no admitir como obras de arte las obras llamadas góticas. También entre los *clásicos* fue proscrita cual lastimosa aberración la literatura verdaderamente *romántica*, esa tierna, pura, fecunda y vigorosa madre del romance y la literatura nacional, á la que tiempo ha se hizo la debida reparación: ¿por qué, pues, no se ha de hacer á su hermana la pintura?

Decimos qué se ha de hacer, porque estamos convencidos de que no se ha hecho aun. Aludimos antes á las opiniones de nuestros escritores sobre pintura, pues bien: esas opiniones son desgraciadamente la espresion del mayor número. Fuera de un reducido círculo de artistas de corazón, verdaderos sacerdotes del inspirado nùmen, es comun juzgar y tratar como marmarrachadas los venerables monumentos que aun en tanto número, si bien cada día en menor escala, brillan como otras tantas joyas olvidadas en los sitios mas re-

cónditos del territorio español. El espíritu fútil y de mera apariencia de nuestra época se aviene mal con esos vestigios que *afean* una calle ó la pared de un templo; y estimulada por un celo indiscreto, aprobada por los cuerpos municipales y subvenida á veces de los mismos fondos públicos, la mano osada de la ignorancia enajenada, embadurna, degrada, abate y á menudo aniquila para siempre obras que no se halla en situación de apreciar, reliquias preciosas representantes quizá de ocho, diez ó mas siglos, que una vez perdidas nadie podrá restablecer, porque todas las fuerzas del mundo no alcanzarán á hacer revivir el siglo que dejó aquel monumento como prenda de su memoria, como testigo de su paso, como vestigio de su ser.

En vano dicta el gobierno decretos y reglamentos para la conservación de objetos monumentales y artísticos, y algunas sociedades informan secundando sus miras: como no hay una convicción íntima, se carece de verdadero celo y no se votan los recursos indispensables, sin los cuales es imposible conservar un objeto material. De otra parte la insensatez no cesa en sus esfuerzos, y mas celosa porque es mas verdadera, estimula si no prepara la demolición de una fachada, la ruina de un claustro, la enajenación de un retablo, la mutilación de un sarcófago, la trasfiguración de una estatua, y por fin, la profanación universal de unos objetos que se abominan porque contrastan en la capilla que se pretende salpicar de colorines como pandereta, ó impiden la alineación de una calle, ó ocupan un local que se ha destinado para otros usos, al paso que los ilustrados extranjeros rodean de verjas, cobijan con techumbres y cierran con llaves tales objetos, aun cuando estén en mitad de una plaza principal ó de un templo el mas vistoso, contándolos entre sus mejores tesoros.

Y lo son efectivamente, según sería dable patentizar si espacio hubiera, porque todo pueblo además de sus recursos de actualidad, vive de su carácter, de sus antecedentes, de sus tradiciones, de su historia, en todo lo cual representan un pequeño papel sus monumentos, á fuer de único testimonio de su pasado.

Para iniciar esta santa reparación, es preciso ante todo deponer esas rancias preocupaciones hijas de la rutina y del poco discernimiento, que hacen decir á un entusiasta *descriitor* de los monumentos arqueológicos *solo del renacimiento*. No: esas obras producidas durante el trascurso de quince siglos, no son mamarachadas indignas de figurar en una historia racional del arte, como tampoco son delirios facultativos los caprichos de la arquitectura ojal que condenaron Berruguete y sus amigos, como tampoco es un despropósito literario el poema del Cid, por ejemplo.

Verdad es que en tales obras no rebosan el mérito y la perfección que andando el tiempo alcanzaron; mas ¿se negará el talento á un rapazuelo precoz porque no racione como un hombre? Las cosas se han de estimar no subjetiva, sino objetivamente, según sus circunstancias de tiempo y de lugar: el individuo, como la sociedad, no se desarrolla sino por grados; los hombres se forman unos por otros, y los ensayos de los unos sirven para perfeccionar á los que hayan de seguirlos. Cuanto vemos cumplido y desenvuelto, tuvo su laboriosa germinación, su infancia, su crecimiento, su madurez,

al través de contrariedades incalculables, lidiando con infinitos obstáculos, arrebatando millares de existencias. Tal es la historia de los progresos humanos: tal es la historia verdadera de la pintura en nuestro suelo.

En una sola cosa, y aun con reserva, convendremos con los que no están por la edad media, y es que la escuela española tal cual ha sido caracterizada por los modernos, no tiene una conexión directa con las tradiciones esencialmente góticas; pero de esto á negar á la pintura gótica la calidad de arte, y aun de escuela del arte moderno, va mucha diferencia.

Por causas que no es de aquí referir, harto sabidas por lo demás, nuestros profesores pasando á Italia, y viniéndose acá los de allá, dieron á la pintura española un impulso nuevo, subitáneo y en cierto modo extranjero, que sin duda cooperó mucho á hacerla figurar dignamente en la restauración universal del arte; pero ¿hubiera llegado

ancho por unos siete de elevación, que existe, no en ningún gabinete distinguido ni en ninguna colección famosa, sino en la sacristía de una humilde iglesia de una de las mas humildes ciudades del Principado, Gervera. Efectivamente, en la capilla de los Dolores de la iglesia de Gervera existe esta obra de carácter notoriamente español, de una época evidentemente próxima al renacimiento, y sin duda posterior al último periodo de las formas góticas genuinas, dominantes en España aun en el primer tercio del siglo XVI, siendo en tal concepto uno de los documentos mas raros, curiosos, especiales é interesantes para la historia de nuestra pintura.

La tradición hace esta tabla originaria de Madrid. Un rico negociante castellano sito en Gervera, huyendo de un recio temporal, había ido á refugiarse en un silo, donde parece se encontró con un criminal escondido tam-

bien por razón de cierta fechoría, y como legasen los esbirros que iban en persecución del mismo, cogieron á los dos. Nuestro hombre, desconocido en el país, no pudo sincerarse cual convenia, y fue condenado en lugar del culpable; pero al fin, habiendo justificado sus antecedentes por medio de exhortos al pueblo de su naturaleza, y deslindados otros pormenores, triunfó la inocencia y logró salir ileso. El cuadro en cuestión, dedicado á los Santos Inocentes, fue el resultado de un voto que hizo este *inocente, injustamente condenado*, voto que se apresuró á cumplir al regresar á su patria.

El cuadro se hallaba antes en la iglesia en un altarcillo adosado al presbiterio, y se conservaba como objeto muy interesante, pues cerrábanse unas compuertas, y no se mostraba sino en la fiesta del 28 de diciembre, con gran admiración del pueblo. Suprimido después aquel altar y otro que había colateral, reservóse el cuadro en la sacristía de los Dolores, donde algunos capellanes



LOS SANTOS INOCENTES. (TABLA DEL SIGLO XV).

España á tan alto punto, si no hubiese sido preparada por las tradiciones, y hasta por la iniciativa del góticoismo? En otros términos, ¿hubieran nuestros pintores llegado de un salto al principado del arte, si previamente no hubiesen sido educados por las ideas artísticas corrientes en el país, inspirados por el gusto pictórico en él dominante, en una palabra, si en España no hubiese existido pintura?

Pero esta es otra cuestión que tampoco cumple aquí profundizar; lo que si afirmaremos una y cien veces, es que en el siglo XV existía en España una escuela de pintura tanto y mas perfeccionada que en Francia, Inglaterra, Suiza, Flandes, etc., y que esta escuela tuvo su historia cumplida, con sus orígenes mas ó menos vagos, con su crecimiento mas ó menos aventajado, caracterizándose hasta por provincias, y habiendo llegado al apogeo que nos demuestran las bellas é ideales concepciones de Castro en Sevilla, de Alfonso en Toledo, de Pedro en Córdoba, de Rincon en Granada, de Dalmau y Borrassa en Barcelona, etc., etc. Pero lo que pocos saben todavía, porque no se han dado á conocer suficientes monumentos, ó no se han apreciado bajo su verdadero punto de vista los que se conocen, es que esta escuela tuvo tambien su renacimiento peculiar, ó mejor dicho, su florecencia completa hasta darse la mano con los sistemas modernos.

Para corroborar semejante verdad, ofrecemos hoy al público el grabado que encabeza las presentes líneas: es la exacta reproducción de una tabla de ocho palmos de

que cuidan de aquel lugar, lo muestran con sumo agrado y lo conservan con albedeo persuadidos de su mérito. El autor de estas líneas tiene un placer en consignar aquí la amable cortesía con que durante sus investigaciones le secundaron aquellos buenos é ilustrados sacerdotes, bien diferentes de otras personas, que con mas jactancia ni saben preciar un objeto curioso, ni el celo del que se consagra á su exhumación, para denunciarlo al mundo y devolver al público inteligente lo que le arrebató tal vez un egoismo hurano y codicioso.

Acaso nos ciegue la afición á esas obras de la época espiritualista que llamamos edad media; pero de nosotros sabemos decir que la contemplación del notable cuadro reproducido, nos causó singularísimo embeleso. Es preciso verle para admirar toda la viveza, transparencia, armonía y perfecta conservación de su colorido, aquel baño especial que ofrece, no parecido al de ninguna otra pintura análoga, y que si algún estilo semeja es el moderno purista. Tocante á la composición, el traslado que presentamos da de ella una idea muy cumplida. Cuando, excepto en Italia, todos los pintores de Europa lidiaban aun con formas rehacias, efectos duros, difíciles perspectivas, claro-oscuro indeciso, aquí tenemos formas graciosas, escorzos oportunos, buen agrupado, movimiento hasta de sobra, contrastes, relieve, viveza, expresión, imaginación, sentimiento, verdad y aun poesía, por ejemplo, esa madre que chupa las heridas de su tierno vástago; esa mujer desesperada que se arroja de una ventana para salvar al hijito de su corazón. Si no fuera por los

Trages que pregonan su fecha y por el estilo en general, pudiera dudarse si este cuadro es posterior á la época que representa; y á no ser también por la notoria semejanza que dichos trages, particularmente los femeniles, ofrecen con los de las campesinas riojanas, pasiegas, etc., casi nos inclinariamos á tenerla por obra de un maestro italiano. Siendo español como lo es sin duda según el tipo de los personajes, según la tradición que hemos narrado, según el lugar do se conserva, y también á juzgar por el estado de mayor adelanto en que á la sazón se hallaban los italianos, no creemos exagerada la importancia que damos á esta pintura, á cuyo impulso la reproducimos creyendo rendir un verdadero servicio á la historia del arte nacional, é inaugurar dignamente esta sección en un periódico que tendrá una gloria en contribuir especialmente á la propagación de las bellas artes en España.

Barcelona y diciembre de 1836.

JOSÉ PUIGGARI.

UNA TARDE DE INVIERNO.

¡Qué triste es el color gris del cielo! Azota el viento las altas cumbres y desciende en ráfagas al valle. La superficie de los pequeños lagos está ligeramente rosada, las yerbas de los prados besan el húmedo suelo.

¿Oís crujir las carcomidas tablas de nuestra humilde cabaña? Llamea el hogar; mas apenas deja el humo los medio encendidos leños, se esparce en remolinos por la estancia. Ved como chispea el caldero que cuelga del lagar. Cae el hollín por los bordes de la chimenea.

Nieva, nieva ya, hijos míos. ¡Cuán bella y silenciosamente baja á la tierra ese maná de los campos! Parecen flores los copos flovidos sobre las verdes plantas de la huerta. Mirad, mirad los cerros de enfrente. Apenas se los distingue en medio de la niebla. ¡Cómo crecen á la vista los objetos! ¡No es aquella la pequeña cruz de piedra en cuyas gradas cubiertas de musgo nos sentamos antes de doblar la cumbre?

Mas os estáis estremeciendo de frío. Muchacho, baja retama del zaguan y buenos troncos de pino. Arda el hogar y suba la alegre llama al cielo. Y en tanto que crujan y castañeteen los leños, y suene el agua del caldero en sonoro zumbido é hierva después y se agite en raudales olas como la de un mar alborotado, bebamos y platiquemos, sentados aquí al amor del fuego en buena paz y compañía.

¿Sobre qué será la plática?—¡Ah! ¿te gustan á ti los cuentos sobre las hechiceras y las hijas del agua?...—¿Y á tí las historias de batallas?—¿Y á tí las desventuras del cazador perdido en el bosque, y las del pastor enamorado?—Las hechiceras y las hijas del agua tienen ya tu razón turbada. No te atrevas á moverte en las tinieblas. Te espanta de noche tu propia sombra. Guardas hasta la cabeza bajo la cubierta de tu cama. Ves al través de tus mismos párpados esos mentidos fantasmas de la imaginación de los primeros pueblos, evocados sin cesar por la poderosa voz de la poesía. No, no te convienen á tí los cuentos de hadas.

—¿Qué ves tú en las batallas, hijo mío, para que te complazcas en oír referirlas?—Dices que se te figura oír el redoble de los tambores y el trémulo sonar de las cornetas, los gritos de los moribundos confundidos con el relincho de los caballos y el pavoroso estruendo de la pelea, los alaridos de triunfo de los vencedores mezclados con el rumor de los precipitados pasos de los que huyen sintiendo sobre sí la lanza del bárbaro soldado; que ves levantarse á tus ojos entre nubes de polvo y humo los dos ejércitos combatientes con sus armas y sus cascos, que relumbran como heridos del relámpago al fuego de los cañones; que ves flotar al aire sus banderas y sus estandartes trepados por la bala y la metralla; el suelo tinto en sangre, la sangre de los heridos saltando bajo los herrados cascos del intrépido caballo. Y ¿no te afecta dolorosamente la imagen de tan horrible espectáculo? Las batallas, hijos míos, han sido una necesidad en el mundo. Se las cree hijas del capricho, ya de los reyes, ya de los pueblos, mas injustamente. En todas se han hallado frente á frente dos principios. La civilización ha luchado con la barbarie, la idea con la realidad, lo porvenir con lo pasado. Las revoluciones y las reacciones no son mas que batallas; ¿qué son las revoluciones y las reacciones? Llevamos la contradicción en el espíritu: ¿cómo no ha de aparecer en los hechos de la humanidad y el hombre? He aquí por qué vivimos separados en bandos y remueve la guerra el suelo de las naciones. Mas, serás dotado de razón, ¿podemos sentir nunca un placer en recordar esos combates sangrientos, hijos de la triste condición de nuestro espíritu?

Tú eres mujer, hija mía, y amas las aventuras y los cuentos de amores. Guárdate de que te seduzcan. ¿Qué es para tí el amor?—¿Una copa de oro? si, una copa donde unos beben el néctar del placer, otros las lágrimas de la desesperación y del remordimiento. Pintáronle los antiguos niño y vendados los ojos. ¿Deberemos dejarle que busque ciego las flores de la vida? ¿no deberá antes la razón desceñirle la venda?

No os dejéis llevar nunca, hijos míos solo de la imaginación y del sentimiento. El sentimiento sin la razón no es mas que el relámpago en una noche oscura. Deslumbra mientras brilla; hace luego mas profundas las

tinieblas. ¿Qué es sin la razón la fantasía? Mariposa que anda errante entre las flores; y después de haber cruzado galanas praderas y risueños valles, deja tal vez abrasar sus bellas y pintadas alas en la mezquina luz de un reverbero. Procurad comprender ante todo si queréis ser hombres. ¿No habeis oído que nuestro cuerpo es una cárcel? La razón es la lámpara que nunca se apaga de este calabozo oscuro. No os empeñéis en cerrar á su luz los ojos del espíritu.

Ver y no comprender, sentir y no comprender, ¿es acaso ver ni sentir para el hombre? Sin comprender ve y siente también el bruto. Teneis abierto ante vosotros un gran libro, y no acertáis á leer en él una palabra. Vuestra misma personalidad es para vosotros un enigma. Os pregunto á todos por qué arde ese viejo tronco de pino, y guardáis silencio; por qué esa copa de vino os conforta y calienta, y no os atreveis á responderme. El mundo, os ha dicho vuestra buena madre, es el templo de los templos: el sol es su lámpara de oro, las estrellas sus lámparas de plata, los cielos su bóveda, los montes sus altares, la yerba y las flores de los campos su matizada alfombra. Mas después de todo, ¿qué conocéis del mundo? La tierra que pisáis rueda bajo vuestras plantas, el sol está inmóvil en medio del espacio, planetas mucho mas grandes que la tierra giran en perpetuo movimiento alrededor de esta lumbrera del día. Vosotros lo ignorais aun, y no debeis ignorarlo. Abrid desde hoy el corazón á la ciencia: preguntad ó preguntad la razón de todo.

Mas los leños están ya casi hechos ascua: solo una que otra llama azul corre y ondula sobre la negra superficie de los carbonos. Venid y ved, hijos míos. La naturaleza se ha vestido de blanco al par de la casta virgen que va y consagra á su Dios su mano y su hermosura. ¡Qué bien se destacan ahora aquellas blancas cumbres sobre las agrisadas nubes! Hasta las ramas de los árboles se inclinan al peso de la nieve: mirad como vuelan desparvoridas las aves sin hallar donde recoger el alimento de sus hijos. ¿No distinguís también allí á lo lejos una como sombra que cruza la faldá de aquel cerro? Es el buitre que pasa casi al ras de la nieve batiendo apenas sus extendidas alas.

¡Qué solemne es en estos instantes el silencio y el reposo de la naturaleza! El labrador no dejará ya hoy su hogar, ni las ovejas su aprisco, ni los pastores su majada. ¡Quiera Dios que el viajero no pierda su camino oculto bajo la nieve! que no resbale en el hielo formado por la noche fría, ni caiga con el furor del témpano al fondo de los precipicios.

La noche está ya cerca, hijos míos; id y decid á vuestra madre que apreste la cena. Poned sobre el blanco mantel vuestras jarras de leche: ruede el tamboril de las castañas en la lumbre. Mas ¿no brilla aun el sol sobre los agudos picachos de Occidente? No parece ya un globo de fuego sino un disco de oro. ¡Qué hermosa aureola la de sus grandes rayos que brillan por claro sobre el oscuro fondo de las nubes! Una línea de luz corre como una franja de azofar sobre la ondulante cresta de los cerros. Uno de ellos está bruscamente cortado por un despeñadero en que no pudieron sostenerse los copos de la nieve. Se presenta por oscuro y no parece sino la boca de una espantosa caverna.

¡Naturaleza! ¡naturaleza encantadora! ¿quién podrá agotar jamás tus bellezas? ¿qué pintor reunir en su paleta los colores de la tuya? Idos, idos, niños, y disponed la cena: dejadme gozar á solas de este espectáculo sublime. Vuelve á silbar el viento en las desnudas ramas de los árboles, y el cielo á recobrar su azul sereno. Quiero ver cómo la noche descega su manto de estrellas sobre los blancos valles y los blancos montes. Quiero contemplar á la luz de la luna, cómo extienden los árboles sus inmóviles y misteriosas sombras sobre ese sudario en que se me figura ya ver envuelta la naturaleza. Quiero oír en el silencio de la noche las cien voces de los arroyos que desatará el viento entre la nieve y el pavoroso rumor de la lejana cascada.

Siento ya sumergida toda mi alma, todo mi ser en este mundo que vive, da mi vida y encierra hasta en la dormida piedra el espíritu de Dios que vive y adquiere en mi la conciencia de sí mismo.

¡Silencio, silencio! no interrumpais mi éxtasis. No trocaría por él la corona de los Césares.

F. P.

ORIGEN DE LA FRASE FAMILIAR

ESTAR EN BERLINA.

La frase española «estar en berlina», que el Diccionario de la Academia dice «se aplica al sugeto que por cualquiera circunstancia es objeto de la conversacion y censura pública», procede directamente de la lengua italiana; en la cual, la primera acepción de la palabra *Berlina* es forense, y expresa una especie de castigo que se da á los malhechores, esponiéndolos al desprecio público en un paraje que también se llama *Berlina*. De modo que, *Esporre*, *Mettere alla berlina*, significa esponer á uno á la vergüenza y desprecio público en pena de un delito; y por semejanza «Hacer que otro sea despreciado».

Se ve, pues, que esta voz *Berlina* corresponde á la castellana *Picota*, que era el rollo ó horca de piedra

que solia haber á la entrada de los lugares, á donde ponian las cabezas de los ajusticiados ó los reos á la vergüenza; y de ningún modo tiene relacion con la voz *Berlina*, coche inventado en Berlin.

«Que sea llevado por las calles públicas acostumbradas, al rollo ó picota, y allí sea ahorcado por el pescuezo, los pies altos del suelo, hasta que naturalmente muera». (MONTESINOS, *Pract. civ. y crim.* fol. 58).

La voz italiana *Berlina*, que da origen á la frase antedicha, procede directamente de la francesa *Pilori*. El eruditísimo Muratori manifiesta, que primeramente se dijo en Italia *Pilorina*, y después *Pirlina*, *Birlina*, *Berlina*; cosa muy natural, supuesta la fácil mudanza de la *p* en *b*, y de la *i* en *e*.

La voz francesa *Pilori* indica un aparato de varios géneros en que todavía á principios del siglo XVIII esponian á los criminales no condenados á muerte. *Pilori*, según el gran diccionario de Bescherelle, es una corrupción de *Puits Lori* (pozo de Lori); porque el pozo de un sugeto llamado Lori, estaba situado cerca del primer aparato de este género puesto en París. Véase aquí, pues, manifestado clara y precisamente el origen de la frase *estar en berlina*.

Si bien dicha frase nos ha venido de la italiana anteriormente citada, la voz francesa *Pilori* pasó directamente en otros tiempos á Aragón, aunque alterada, diciéndose *Pellerich*, y significando una argolla fijada en el rollo ó horca para esponer los reos á la vergüenza. Esto se prueba con cierto pasaje que se encuentra en una colección de antiguos fueros aragoneses, intitulada *Fori qui non sunt in usu*, en cuyo folio 2.º, columna 4.ª se dice así: «Que si algun arrendador, ó colidor de la dita Tesoreria usara en cualquier manera de aquella, que aquel tal esté por todo un día en el *pellerocho*».

La voz francesa *Pilori* la han adoptado tambien los ingleses, diciendo *Pillory*, é indicando con ella un instrumento de madera para castigar á los delincuentes, é infamarlos esponiéndolos á la vista del público. La *Enciclopedia Británica*, hablando de *Pillory*, y diciendo que equivale á *collistrigium*, esto es, *collum stringens*, la hace salir del francés *Pileur*, ratero, ladrón, ó de *pelori*, voz derivada del griego *πύλη* (*pylé*) puerta, (porque uno que está en el *Pillory*, coloca la cabeza como si fuera entre una puerta) y del verbo *οραω* (*orao*) ver. Skinner, etimologista inglés, cree que sale de la voz latina *pila*, pilar, pilastra, columna, porque el sitio en donde se ejecutaba la sentencia de la ley, estaba en un principio rodeado de *pilares*.—Estamos por la noticia de Muratori y Bescherelle, y desechamos enteramente las etimologías que de la voz italiana *berlina* presentan Ferrari y Menage.

A. MARTINEZ DEL ROMERO.

EL ALGODONERO.

Lamarck describió solo cinco especies de algodones: *Lamarck*, en su enciclopedia metódica extendió la lista á ocho especies, y Willdenow reconoce diez, pero las mas importantes son la herbácea, el arbusto y el árbol, cada una de las cuales tiene muchas variedades.

La principal y mas útil es la especie herbácea, planta anual que se cultiva en la India, en la China, en los Estados-Unidos, en algunos puntos de Africa y tambien en otros del Mediodía de España. Crece hasta la altura de diez y ocho á veinticuatro pulgadas, tiene las hojas de un brillante color verde oscuro marcado de venas parduzcas y divididas cada una en cinco lóbulos. Arroja flores de un amarillo muy pálido con un gran pistilo y cinco pétalos ú hojas, y una mancha morada en el centro de cada una. Cuando cae la flor, se presenta una haya capsular sostenida por tres hojas triangulares de color verde, profundamente dentadas en sus extremos: esta haya que es de figura semi-triangular y tiene tres celdillas, va creciendo hasta que adquiere el tamaño de una avellana gruesa, y toma un color pardo á medida que madura el fruto ó sea el algodón. Cuando el fruto se halla maduro, su expansion rompe la cápsula y se descubre una bolita de algodón blanco ó amarillento, compuesta de tres vedijas, una en cada celdilla, que encierran la simiente, la cual está firmemente adherida á ellas, y tiene la forma de grandes granos de uva.

La semilla se planta en marzo, abril y mayo, y el algodón se coge á mano pocos dias después de haber roto las cápsulas en agosto, setiembre y octubre. En América se planta en surcos separados entre sí unos cinco pies y en hoyuelos á distancia de ocho pulgadas uno de otro, en cada uno de los cuales se depositan varios granos. Hay que escardar cuidadosamente el terreno y aclarar gradualmente las plantas de manera que al fin solo queden una ó dos en cada hoyo. Tambien deben podarse dos veces cortando el extremo de los ramos para hacer que echen mas de estos y que den mayor cantidad de flores y fruto. Un campo de algodón en la época de la cosecha, cuando las vedijas blancas aparecen entre las lucientes y verdes hojas, presenta un hermoso espectáculo, el cual es todavía mas notable en los países cálidos donde se ven al mismo tiempo la flor amarilla y el fruto maduro. En la India, el método de cultivo está muy descuidado; la semilla se arroja como hacen nuestros labradores con el trigo, y crece sin que el cultivador haga el menor caso de ella

hasta la cosecha. Los indios son también muy negligentes para recoger el algodón, separarlo de las semillas á que está unido y empaquetarlo, y esto hace que el producto indio sea tan inferior al de los Estados Unidos de América.

Es sorprendente el progreso que ha hecho en este último país el cultivo del algodón. Al principio el algodón en rama que se elaboraba en Europa provenía principalmente de la India, y el mejor venía de Surinam, del Brasil y de la isla de Borbon, siendo este último el más caro hasta fines del pasado siglo. En 1784 llegó á Liverpool un buque americano con ocho balas de algodón; pero los empleados de la aduana, que hasta entonces no habían visto algodón de los Estados Unidos, lo declararon de comiso creyéndole importación de otro país. En 1785 solo entraron en Inglaterra seis sacas de algodón; y estos fueron los principios del inmenso comercio que ahora proporciona ocupación á millones de almas en una y otra orilla del Atlántico. Según los abolicionistas este comercio ha sido la principal causa del rápido incremento que han tenido la riqueza y la influencia de los Estados del Sur, donde como es sabido existe la esclavitud.

El cultivo del algodón en América hizo pocos progresos al principio. En 1791, diez y seis años después de haberse enviado á Europa la primera muestra, el total de algodón americano importado en Liverpool fue de 64 sacas. Pero dos años después un americano llamado Mr. Whitney inventó un método muy sencillo y expedito para separar las vedijas de las semillas, operación que antes era fastidiosa y costosísima, y desde entonces se aumentó tanto el cultivo, que en 1801 vinieron á Europa 32,600 sacas y en 1835 se importaron solo en Inglaterra 681,629,424 libras. En el año anterior más de las tres cuartas partes del algodón elaborado en la Gran Bretaña ha precedido de los Estados Unidos.

En cuanto á la India el total de las exportaciones para la Gran Bretaña en 1845 fue de unos 58,000,000 de libras, 30,000,000 menos que en el año anterior y 10,000,000 que en el precedente; lo cual prueba la decadencia del cultivo en aquel país, cuyo clima es por otra parte tan á propósito para él.

En España se ha cultivado principalmente el arbusto, pero su cultivo no ha pasado los límites de Andalucía, sobre todo en la provincia de Almería, y no ha llegado á formar hasta ahora un ramo digno de especial consideración, como en los Estados Unidos, donde se calcula en 140,000,000 de duros el valor de la cosecha de 1856.

mujeres preñadas (Alcalá de Henares, año 1606), se habla de RACHAME, y se dice que es un ave como milano. Pero según la opinión del P. Fr. Martín Sarmiento, en su Disertación sobre el pájaro Fenicóptero (MS. de la Biblioteca Nacional, S. 148) es la Ossifraga de Plinio ó *Aquila barbata*, especie media entre águila y buitre, *vultus pernocterus*. La voz *Rachame* sale del hebreo רַחַם *racham*, en árabe رَجَم *rajam*, pájaro mencionado en el Levítico y en el Deuteronomio, y que según Arias Montano, se refiere al *Porphyrio* de la Vulgata.

El citado P. Sarmiento dice algo más sobre este pájaro. «Y porque la voz *Racham* significa ser misericordioso, dice Bochart, siguiendo los autores orientales, que es una especie media entre el buitre y el águila, y se llama hoy *Racham* y *Anuk*. Refiere diez propiedades que los árabes le atribuyen; y aun cree que la Ossifraga es ave distinta. Yo creo que el *Racham* corresponde á la que Plinio llama Ossifraga y *Aquila barbata*. Por un acaso se mató esa águila barbada en las sierras de Toledo; y por otro acaso me la trajeron, y la tengo clavada en la pared. Es aguilucho como buitre, con tres varas de ala á ala, y con una barba ó perilla debajo del pico. Dicese que es tan misericordioso, que recoge y cria como á hijos propios los pollos que el águila arroja de su nido. Dicese que este pájaro transmigre, y esta es una de las propiedades del *Racham* de Bochart.»

A. M. del R.

REVISTA DE LA QUINCENA.

Como indicamos en nuestro número anterior, el 10 del corriente á pesar de los entorpecimientos y contrariedades que se habían opuesto, se abrió á la explotación pública el trozo de ferro-carril desde Mataró á Arenys de Mar. A las diez de la mañana salió de Barcelona el tren especial que debía trasladar á las autoridades, á la comisión directiva y á los convidados, entre los cuales se hallaba representada la empresa del ferro-carril del Norte. La máquina que arrastraba este tren se había construido en los talleres de la empresa bajo la dirección de don José White, inglés naturalizado en Cataluña. Iba adornada de flores, y es la segunda locomotora que se ha construido en nuestro país, compitiendo, según el parecer de personas inteligentes, con las importadas de Inglaterra y Bélgica.

En la estación que se está levantando en la plaza de Arenys, estaba el altar ante el cual debía celebrarse la bendición del nuevo trayecto y de la máquina. Allí esperaban el clero y las autoridades; la plaza estaba llena de gente, y los buques se veían lujosamente empavesados. Cuando el tren llegó, se procedió á la ceremonia religiosa, terminada la cual los convidados pasaron á visitar las casas consistoriales y el astillero, donde existían varios buques en construcción, uno de los cuales debía botarse al agua al día siguiente. En seguida la empresa dió un almuerzo de ochenta cubiertos, y á las cinco y media de la tarde el tren regresaba á Barcelona. Según nos dicen de aquel punto, el nuevo trayecto, en la parte relativa á las obras y á la colocación de los carriles, hace honor á los constructores don Guillermo Riguel y don Joaquín Carreras.

La opinión pública en Inglaterra ha mirado con extremo desagrado el bombardeo de Canton por las fuerzas británicas. El pueblo británico no siempre aprueba los actos de su gobierno, aunque redunden en beneficio de su comercio. El 19 del corriente se celebró en Birmingham una reunión numerosísima de personas influyentes, la cual acordó presentar al parlamento una petición rogándole que adopte las medidas necesarias para eximir al pueblo inglés de toda participación en actos agresivos y de crueldad que podrían manchar el honor nacional, y para que en lo sucesivo el parlamento ejerza una fiscalización activa y eficaz sobre la política exterior del gobierno.

A la reunión de Birmingham han sucedido otras muchas, en las cuales se han hecho las protestas más solemnes contra la autorización dada á cualquier oficial para hacer la guerra en nombre de su país á las demás naciones. Bajo el mismo punto de vista se ha considerado también la expedición contra Persia.

Otra reunión más grave, de más alta importancia y que en cualquier país del continente habría bastado para turbar tal vez el orden público, se celebró el mismo día 19 en Londres. Treinta y cinco mil hombres sin trabajo se reunieron para acordar los medios de salir de una situación que los condena á morir de hambre en medio de una ciudad tan opulenta como la capital de la Gran Bretaña. El total de estos desgraciados comprende 9,000 carpinteros, 4,000 pintores, 1,000 canteros, 2,000 cerrajeros y adornistas, 15,000 peones y oficiales de albañilería y 4,000 de diversas clases de oficios relacionados con el arte de construcción. Las causas de esta falta de trabajo consisten en el extraordinario acrecentamiento de la ciudad de Londres en los últimos años, donde arrabales insignificantes se han convertido en ciudades de palacios. Han cesado en gran parte las construcciones, y han quedado sin empleo 35,000 hombres. Los periódicos ingleses piden al gobierno que proporcione á estos infelices los medios de emigrar á las colonias.

Los papeles franceses que han estado estos días ocupadísimo en comentar los hechos, las palabras y hasta los

gestos del presbítero Vergés, asesino del arzobispo de París, han cesado ya en su tarea á consecuencia de una orden del gobierno que prohíbe hablar más del asunto. El tribunal ha condenado á muerte al reo y según parte telegráfica, se le ha aplicado ya esta pena, negándosele el indulto que había implorado.

Fuera de estas noticias, lo más interesante que los periódicos franceses nos han traído ha sido el anuncio de una Exposición de animales reproductores y productos agrícolas de todos los países que se celebrará en París del 1.º al 10 de junio. El gobierno español ha nombrado una comisión en esta corte presidida por el señor marqués de Perales para facilitar los medios de que los agricultores y ganaderos españoles puedan enviar allá sus productos. Sabemos que las provincias de Castellón y Valencia especialmente estarán representadas por productos notables en este gran certamen; la comisión nombrada en Madrid dará las instrucciones y noticias necesarias á cuantos deseen figurar en la exposición, y nosotros invitamos á nuestros agricultores á que aprovechen la oportunidad de dar á conocer en el extranjero los pingües productos de nuestro suelo.

El cónsul español en Odesa ha enviado á la sociedad económica de Valencia siete fanegas de trigo de las mejores calidades de la Rusia Meridional, y al mismo tiempo ha dado sobre el cultivo de este grano varias noticias interesantes que conviene poner en conocimiento de los agricultores. Según ellas, el trigo más estimado es el que producen las cercanías de Tangarog, y que se estrae por el puerto de Odesa: se siembra en primavera; es el que más resiste á la sequía y necesita un terreno fuerte que haya estado á lo menos cuatro años en baldío. En las comarcas de Odesa y en otras provincias meridionales se cultiva también otro trigo tierno llamado *chirca*, el cual se siembra indistintamente en otoño y en primavera; y en general se prefiere esta última siembra, que se efectúa inmediatamente después de haberse disuelto las nieves. Sabemos que á consecuencia de estas noticias varios agricultores han hecho pedidos de trigo ruso para hacer en este mismo año los ensayos convenientes.

En nuestro número anterior hablamos del arreglo de la Biblioteca nacional de Madrid. El director de este establecimiento no ha tardado en dar muestras de las ventajas de la nueva organización anunciando un programa de premios que la Biblioteca adjudicará á los que presenten las mejores y más numerosas colecciones de artículos bibliográficos y de monografías de literatura española. Según este anuncio, se admitirán los trabajos de los opositores hasta el 30 de noviembre del presente año, debiendo dirigirse con sobre al secretario de la Biblioteca nacional. El autor de la mejor colección de artículos originales ó que contengan datos nuevos é interesantes respecto de escritores conocidos, con espresión de las fuentes de donde se han sacado las noticias, recibirá un premio de ocho mil reales. Otro de seis mil se destina al que presente mayor número de monografías de literatura, como catálogos de obras ó de autores que han escrito sobre un punto de historia, ciencias, usos, costumbres, etc., siempre que los datos sean nuevos é inéditos.

De otro concurso tenemos que dar noticia, y es el que ofrece la ciudad de Amsterdam al arquitecto de cualquiera nación que presente el mejor plano para un palacio de exposición que comprenda una superficie de 10,000 metros cuadrados y que contenga varios grandes patios. El primer premio será de mil florines holandeses (unos 8,300 reales), otorgándose además dos *accessit* de trescientos florines cada uno. Si alguno de nuestros arquitectos desea adquirir pormenores, debe dirigirse al presidente de la Sociedad internacional de industria, señor S. Sarphaty en Amsterdam.

El gobierno ha dado un decreto, de justa reparación, mandando honrar la memoria del Gran Capitán Gonzalo Fernandez de Córdoba, cuyos restos, con los de su esposa, han aparecido depositados en el archivo del gobierno civil de Granada. En el año de 1515, el Gran Capitán, que se hallaba retirado en Leja, se trasladó á Granada buscando alivio á sus dolencias, y falleció en aquella ciudad. Sus restos mortales, después de haber sido honrados durante nueve días, se sepultaron en la capilla mayor de San Francisco de la Alhambra, primer convento que levantaron en Granada los Reyes Católicos. Posteriormente doña María Manrique, viuda de aquel héroe, pidió al emperador Carlos V el permiso para construir á sus expensas la capilla mayor del monasterio de San Gerónimo, que á la sazón se estaba edificando, y poner en ella el panteón de su esposo y sus sucesores. Otorgada su pretensión y ejecutadas las obras por el famoso arquitecto Diego de Siloe, se trasladaron los restos del Gran Capitán á la bóveda de la capilla en 4 de octubre de 1552, poniéndose sobre ellos una lápida provisional mientras se alzaba el mausoleo que le estaba destinado; pero su viuda falleció sin dar cima á este último pensamiento, y su cadáver fue sepultado al lado del de su esposo.

En 1835, á consecuencia de la esclaustración de los monges, quedó cerrada la iglesia de San Gerónimo y el convento destinado á cuartel. El gobierno había mandado reunir datos y noticias sobre los templos en que hubiese sepulcros notables, y la Academia de Nobles Artes de Granada, hizo visitar el convento en 1841, recoger las llaves del templo y cerrar la puerta de comunicación que hasta entonces había estado á disposición de la tropa. La misma Academia espuso á la Sociedad económica el estado lamentable del edificio y las señales evidentes que había observado de haberse profanado el panteón del Gran Capitán; y en virtud de sus reclamaciones, la sociedad dispuso que mientras se procedía á colocar los restos de aquel hombre ilustre en un lugar decoroso, se conservaran en poder de la Academia que los había encomendado al cuidado de dos de sus vocales.

EL DEDO ANULAR.

Pierio Valeriano, en el lib. 41, fol. 303, refiere la antigua costumbre de poner el anillo en el dedo cuarto de la mano izquierda, y que por eso se llama *anular*; y la razón porque le traían tanto los romanos como los egipcios y otros pueblos, era porque creían que este dedo tiene correspondencia con el corazón; y así le tenían por indicio de él, y le honraban con el anillo, en el cual acostumbraban esculpir la figura de la persona que mas amaban, para dar á entender que la tenían en el corazón. A esto aluden las palabras de Tito Livio, lib. 2 de *Finibus*, hablando de los devotos de Epicuro: *Epicuri imaginem non modo in tabulis sed etiam poculis et in annulis habebant*.

A. M. del R.

EL RACHAME.

En el diccionario médico que trae Juan Alonso Ruiz de Fontecha, en su obra titulada *Diez privilegios para*

Poco después en octubre de 1842 se volvió á destinar al culto la iglesia de San Gerónimo; pero los restos del Gran Capitán quedaron todavía en poder de sus depositarios. Creada en 1844 la comisión de monumentos históricos de Granada, se formó expediente sobre la autenticidad de aquellos restos, cuyo expediente duró hasta 23 de junio de 1848. De este expediente resulta que la primera vez que

el descubrimiento al cura de Jutiapa, don José Antonio Urrutia, que lo ha participado á M. Synier, uno de los mas distinguidos filólogos de Inglaterra. Cinaca-Mecallo parece que significa entre los indios de aquella comarca *cordel anudado*, y el señor Urrutia cree que los primitivos habitantes le dieron este nombre á causa de las muchas parras halladas en las montañas, de las cuales se servían

tiendas para la venta de los objetos espuestos al público. En cada una de ellas, estos objetos eran despachados por una señora, á precios muy módicos, cuando el comprador no tenía mas fin que cambiar su dinero por cosa equivalente, y á otra clase de precios cuando se proponía ejecutar un acto de caridad, de galantería ó de ostentación. Además de la venta se ha verificado la rifa; y

en sustitución de las cédulas que han servido otros años, se han adoptado para este efecto en el presente unos cartones de lotería que se vendían á dos reales. Cada uno de estos contenía dos números; cada tienda disponía de cuarenta y cinco números de aquellos, y cada señora encargada de ella sacaba los premios de un saquito que contenía los noventa números. Los cartones se despachaban por la mañana, y las rifas se verificaban por la tarde. Durante los ocho días que han mediado desde el 17 al 25 del corriente, se ha hecho una rifa diaria en cada tienda, y para los objetos que SS. MM. y AA. han regalado, ha habido una rifa particular verificada el 27.

Si el celo de la Junta de Damas necesitara algún estímulo, diríamos que habíamos tratado de estimularlo reproduciendo con el grabado el espectáculo interesante de la belleza, ocupándose en aliviar los males de la inocencia; pero sabemos que la Junta de Damas no necesita

estos estímulos para cumplir con amor, caridad y desprendimiento los piadosos deberes que se ha impuesto; y reproducimos el cuadro mas bien como un tributo debido al mérito de estas señoras y como representación del acontecimiento mas interesante que ha presenciado Madrid en la última quincena.

BIBLIOTECA ILUSTRADA DE GASPAR Y ROIG.

SECCION DE MEDICINA Y CIRUJIA.

Tratado elemental y práctico de patología interna, por A. Grisolle. Se ha repartido la entrega primera de esta importante obra y se halla de manifiesto en los puntos de suscripción.

En el prospecto del *Museo Universal* se hallan las condiciones de la publicación.



PRECIO DE LA SUSCRICION.

MADRID.	PROVINCIAS.
Por números sueltos á . . . 2 rs.	Tres meses. 14
Tres meses. 11	Seis id. 25
Seis id. 21	Un año. 48
Un año. 40	En el extranjero un año. 70

A los suscritores de Madrid y Provincias que se suscriban por un año se les dan *gratis* entregas de la *Biblioteca Ilustrada* por valor de lo que pagan por el periódico, de manera que les resulta *gratis*; todo conforme al Prospecto que se halla en los puntos de suscripción.

DIRECTOR, D. J. GASPAR.

MADRID: IMPRENTA DE GASPAR Y ROIG, EDITORES, PRINGIPE, 4.



VENTA Y RIFA A BENEFICIO DE LA INCLUSA.

La comisión de monumentos artísticos, justificada ya la identidad objeto del expediente, promovió una suscripción para construir una urna cineraria, y restituir las cenizas al panteón de San Gerónimo. Hizose la suscripción; levantóse en la iglesia un suntuoso catafalco; pero habiéndose suscitado una disputa entre la autoridad política y la militar, sobre cual de las dos había de presidir la función, se deshizo cuanto se había hecho, y los restos mortales del Gran Capitán y de su esposa pasaron al archivo del gobierno político.

El ministerio actual, considerando que interesa á nuestro decoro reparar inmediatamente el agravio inferido á la memoria del héroe, ha dispuesto que sus restos, ya confundidos con los de su mujer en fuerza de tantas vicisitudes, se encierren en una urna de madera fina resguardada por otra de plomo, y se trasladen con toda pompa y solemnidad al panteón de San Gerónimo, cerrándose la bóveda con la lápida antigua ó renovándola en la misma forma. También se ha resuelto que se construya un sarcófago con las estatuas yacentes del Gran Capitán y de su esposa al estilo del primer renacimiento, llamándose á público certámen á los escultores nacionales para la ejecución de la obra.

Una cosa echamos de menos en este decreto del gobierno, y es decidir quién ha de tener la presidencia en la solemnidad que ha de celebrarse: no sea que la etiqueta vuelva á impedir este acto de justa reparación.

Mas afortunado que el Gran Capitán ha sido el ilustre poeta castellano del siglo XVII, don Pedro Soto de Rojas! De los grandes hechos de Gonzalo de Córdoba nada nos queda, y de sus cenizas nos queda poco; pero de Soto de Rojas, vate andaluz que solo conocíamos por algunas citas de sus contemporáneos, se ha encontrado un tomo completo de poesías. Débese este hallazgo al joven literato don Pedro de Alarcón, y deberemos á Rivaldencira la publicación del tomo entre sus Autores Clásicos.

No es este descubrimiento el único que se ha hecho en los últimos tiempos: el erudito alemán señor Scherzer está publicando en Viena los célebres manuscritos del padre fray Francisco Gimenez, de la orden de Santo Domingo, que fue misionero apostólico en las provincias de Chiapa y Guatemala. El señor Scherzer ha recogido estos manuscritos en diferentes archivos de América, y va á publicarlos en idioma castellano.

Ya que de antigüedades y de América se trata, no dejaremos de hacer mención de las ruinas de una gran ciudad llamada *Cinaca-Mecallo*, descubiertas en una elevada llanura entre el Estado de Guatemala y el de San Salvador. Débese

para atar los palos con que hacían las armaduras de sus casas. Los restos de la muralla que rodeaba la ciudad forman un óvalo, en el cual se ven varios caminos ó calles, galerías subterráneas, y muchos edificios arruinados. Entre los edificios notables llaman muy particularmente la atención los restos de un templo consagrado al sol, labrado en una roca muy sólida, y cuyas puertas dan al Oriente. Sobre la bóveda de la entrada hay figuras esculpidas que representan el sol y la luna, y en lo interior se ven algunos geroglíficos.

Penetrando en una de las galerías subterráneas el señor Urrutia, ha encontrado una especie de salón donde en varios trozos de piedra estaban grabadas las armas de los indios antiguos, y un gran estante también de piedra cubierto de inscripciones ó geroglíficos, que á su modo de ver representan algunos pormenores de la vida humana.

Aun no hemos hablado de teatros; pero las producciones de que debemos hacer mención no son tantas ni tan buenas que no podamos dejar su examen para otro número.

N. F. C.

VENTA Y RIFA Á BENEFICIO DE LA CASA INCLUSA DE ESTA CORTE.

El gran salón del ministerio de Fomento, sito en el piso bajo de la Trinidad, se ha visto extraordinariamente concurrido por espacio de diez días, con motivo de la venta y rifa de varios objetos á beneficio de la Inclusa y bajo la dirección de la Junta de Damas de honor y mérito. Sabido es que todos los años esta benéfica asociación recurre, y no sin éxito, á la generosidad y á la galantería del público para proporcionar recurso á los seres desvalidos puestos bajo su especial protección y cuidado. El piadoso ingenio de las damas no ha cesado cada año de inventar algún nuevo incentivo conque atraer la curiosidad despertando al mismo tiempo las simpatías generales; y en el año actual se han variado la disposición del local y el método de las rifas, agregándose además á este el de las ventas.

En otras ocasiones hemos visto largas mesas que contenían los objetos rifables debidamente numerados; y las señoras encargadas de la operación provistas de bolsitas con cédulas arrolladas unas en blanco y otras con los números que indicaban el premio, las cuales vendían por un precio dado. En el año actual estas disposiciones han sufrido una variación importante.

En el salón de la Trinidad se han colocado diferentes